

Parochial and Plain Sermons, vol II, V, pp 51-60
Predicado el 27 de diciembre de 1831

EL AMOR A LOS FAMILIARES Y AMIGOS **Fiesta de San Juan Evangelista**

“Hijitos míos, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios” (1 Jn 4,7)

San Juan, el Apóstol y Evangelista, es principalmente y más conocido por nosotros como “el discípulo amado” por Jesús. Fue uno de los tres o cuatro que siempre asistieron a nuestro Santísimo Señor y tuvieron el privilegio de la relación más íntima con El, y más favorecido que Pedro, Santiago y Andrés, fue su entrañable amigo, como comúnmente decimos. En la cena solemne antes que Cristo padeciera, se sentó junto a El y se recostó sobre el pecho de Jesús. Así como los otros tres establecían comunicación entre la multitud y Cristo, así San Juan entre Cristo y ellos. En esa última cena, Pedro no se atrevió por sí mismo a preguntar a Jesús quién lo iba a traicionar, sino que pidió a Juan que lo hiciera. San Juan fue de este modo el amigo personal e íntimo de Cristo. También fue San Juan al que nuestro Señor encomendó a Su Madre, cuando estaba muriendo en la cruz. Y fue a San Juan a quien reveló en visión, después de su partida, las vicisitudes de Su Iglesia.

Mucho podría decirse sobre esta notable circunstancia. Digo *notable*, porque podría suponerse que el Hijo de Dios Altísimo no pudo haber amado a un hombre más que a otro, o que, también, si fue así, no habría tenido solamente un amigo, sino que siendo el Todo-santo, habría amado a todos los hombres más o menos en proporción a la santidad de ellos. Sin embargo encontramos que nuestro Salvador tenía un amigo particular, y esto nos muestra, primero, cuán enteramente hombre era, tanto como cualquiera de nosotros, en sus querer y afectos, y, segundo, que no hay nada contrario al espíritu del Evangelio, nada incompatible con la plenitud del amor cristiano, en tener nuestros afectos dirigidos de un modo especial hacia ciertos objetos, hacia aquellos que, por las circunstancias de nuestra vida pasada o por algunas peculiaridades de carácter, se han hecho querer por nosotros.

Ha habido hombres antes de ahora, que han supuesto el amor cristiano tan difusivo como para no admitir concentrarse sobre individuos, de modo que deberíamos amar a todos los hombres igualmente. Y hay muchos que, sin presentar ninguna teoría, no obstante consideran prácticamente que el amor a muchos es algo superior al amor a uno o dos, y abandonan la caridad de la vida privada mientras se ocupan en proyectos de benevolencia expansiva o de unión general y conciliación entre cristianos. Ahora bien, aquí sostendré en oposición a tales nociones sobre el amor cristiano, y con el ejemplo de nuestro Salvador delante mío, que la mejor preparación para amar el mundo en general, y amarlo debida y sabiamente, es cultivar una íntima amistad y afecto hacia aquellos que están inmediatamente a nuestro alrededor.

El plan de la Divina providencia ha sido fundamentar lo que es bueno y verdadero en religión y moral, sobre la base de nuestros buenos sentimientos naturales. Lo que somos hacia nuestros amigos terrenales en los instintos y deseos de nuestra infancia, eso

llegaremos a ser a la larga hacia Dios y el hombre en el campo extendido de nuestras obligaciones como seres responsables. Honrar a nuestros padres es el primer paso para honrar a Dios, amar a nuestros hermanos según la carne, el primer paso para considerar a todos los hombres nuestros hermanos. Por eso dice nuestro Señor que debemos llegar a ser como niños para ser salvados, llegar a ser en Su Iglesia, como hombres, lo que fuimos una vez en el pequeño círculo de nuestros hogares de juventud. Considerad cuántas otras virtudes están injertadas sobre nuestros sentimientos naturales. ¿Qué es la elevada mentalidad cristiana, la negación generosa de sí mismo, el desprecio a la riqueza, la paciencia en el sufrimiento, y la lucha seria por la perfección, sino un mejoramiento y transformación bajo la influencia del Espíritu Santo de ese natural índole de pensamiento que llamamos romántica? Por otro lado, ¿qué es el odio instintivo y la abominación del pecado (que poseen los cristianos confirmados), su insatisfacción consigo mismos, su refinamiento general, discriminación y cautela, sino un mejoramiento bajo el mismo Espíritu de su natural sensibilidad y delicadeza, temor al dolor, y sentido de la vergüenza? Han sido fortalecidos en el autogobierno por una disciplina adecuada, y ahora asocian un agudo sentido de incomodidad y disgusto ante la idea de pecar. Y así también, el amor a nuestros amigos cristianos y al mundo en general, es una nueva forma del amor a parientes y a amigos, que tiene esta utilidad, si no tuviera otra, de ser una rama natural en la cual es injertado un fruto espiritual.

Pero además, el amor a nuestros amigos íntimos es el único ejercicio preparatorio para el amor a todos los hombres. El amor a Dios no es la misma cosa que el amor a nuestros padres, aunque es paralelo a él, pero el amor a la humanidad en general debe ser en lo principal el mismo hábito que el amor a nuestros amigos, solo ejercitado hacia diferentes objetos. La gran dificultad en nuestros deberes religiosos es su extensión. Esto asusta y vuelve perplejos a los hombres, naturalmente, pero de modo especial a aquellos que han abandonado la religión por el momento, y que descubren todas sus obligaciones religiosas a la vez. Esta es, por ejemplo, la gran miseria de dejar el arrepentimiento hasta que el hombre está débil o enfermo, y no sabe cómo comenzarla. Ahora, la Providencia misericordiosa de Dios, en el curso natural de las cosas, ha estrechado para nosotros este gran campo del deber. Nos ha dado una clave. Tenemos que empezar por amar a nuestros amigos cercanos, y gradualmente ensanchar el círculo de nuestros afectos hasta encontrar a todos los cristianos, y luego a todos los hombres. Además, es obviamente imposible amar a todos los hombres en sentido estricto y verdadero. Lo que se entiende por amar a todos los hombres es sentirse bien dispuesto hacia ellos, estar listo para asistirlos y actuar hacia los que pasan por nuestro camino, como si los amáramos. No podemos amar a aquellos de quienes nada sabemos, excepto que los veamos en Cristo como objetos de su expiación, es decir, más en la fe que en el amor. Y el amor, además, es un hábito, y no puede lograrse sin verdadera *práctica*, la cual es imposible en tal gran escala.

Vemos así qué absurdo es cuando escritores (a la manera de algunos que desmerecen el Evangelio) hablan magníficamente acerca de amar a toda la raza humana con afecto completo, de ser amigos de toda la humanidad, y cosas por el estilo. ¿En qué terminan esas afirmaciones jactanciosas? En que tales hombres tienen ciertos *sentimientos* benevolentes hacia el mundo, sentimientos y nada más, nada más que inestables sentimientos, el mero retoño de una imaginación indulgente que existe sólo cuando sus mentes son estimuladas y que seguro les abandonan en la hora de la necesidad. Esto no es amar a los hombres, sino hablar acerca del amor. El amor real del hombre *debe* depender de la práctica, y por eso debe comenzar por ejercitarse en

nuestros amigos que nos rodean, pues de lo contrario no existirá. Tratando de amar a nuestros parientes y amigos, sometiéndonos a sus deseos aunque sean contrarios a los nuestros, cargando con sus enfermedades, superando su ocasional indocilidad con bondad, insistiendo en sus excelencias, y tratando de imitarlas, es como formamos en nuestros corazones esa raíz de caridad que, aunque pequeña al principio, puede al final, como la semilla de mostaza, cubrir toda tierra con su sombra. Los vanos charlatanes sobre filantropía, recién mencionados, muestran usualmente la vacuidad de su profesión, al ser malhumorados y crueles en las relaciones personales de vida, a las que parecen considerar como asuntos indignos de su atención.

Muy diferente por cierto, muy diferente (si no es una irreverencia comparar tales soñadores con el gran Apóstol cuya memoria estamos hoy celebrando), totalmente el reverso de esta benevolencia ficticia, era su elevada y luminosa simpatía por todos los hombres. Sabemos que es celebrado por sus declaraciones acerca del amor cristiano. “Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios...Si nos amamos unos a otros Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud...Dios es amor y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 7.12.16). Ahora bien, ¿empezó él con un esfuerzo enorme por amar en gran escala? No, él tuvo el inefable privilegio de ser *amigo de Cristo*. De este modo fue enseñado para amar a otros; primero su afecto se concentró, después se expandió. Luego tuvo el encargo solemne y reconfortante de cuidar a la Madre de nuestro Señor, la Santísima Virgen, después de su partida. ¿No distinguimos aquí las fuentes secretas de su amor especial a los hermanos? ¿Podría él, que fue favorecido primero con el afecto de su Salvador, quien luego le confió el oficio de hijo de Su Madre, ser otra cosa que un memorial y modelo (tanto como un hombre puede serlo) de amor profundo, contemplativo, ferviente, sereno, ilimitado?

Más aún, ese amor de amigos y parientes, que prescribe la naturaleza, es también útil para el cristiano, al darle forma y dirección hacia su amor por la humanidad en general, y hacerlo inteligente y perspicaz. Un hombre que comienza de buena gana por un amor general a todos los hombres, necesariamente los pone a todos en un mismo nivel, y en vez de ser cauto, prudente y simpatizar en su benevolencia, es inconsiderado y rudo; hace daño, quizás, cuando piensa hacer el bien, desalienta al virtuoso y bien intencionado y hiere los sentimientos del bondadoso. Los hombres de mente ambiciosa y ardiente, por ejemplo, deseosos de hacer el bien a gran escala, están especialmente expuestos a la tentación de sacrificar el bien individual al general en sus planes de caridad. Los hombres mal instruidos, que tienen fuertes ideas abstractas acerca de la necesidad de mostrar generosidad y candor hacia los oponentes, olvidan a menudo tener algún pensamiento hacia los que están asociados con ellos, y comienzan su, así llamado, trato liberal con sus enemigos con una nada amable deserción de sus amigos. Este difícilmente puede ser el caso, cuando los hombres cultivan la caridad privada, como introducción a una caridad más amplia. Poniendo un fundamento de amabilidad social, insensiblemente aprendemos a guardar una adecuada armonía y orden en nuestra caridad, aprendemos que todos los hombres no están en un mismo nivel, que los intereses de la verdad y la santidad deben ser observados religiosamente, y que la Iglesia nos reclama ante el mundo. Podemos fácilmente afrontar ser liberales a gran escala, cuando no tenemos afectos que mantener en el camino. Aquellos que no se han acostumbrado a amar a sus prójimos a quienes ven, no tienen nada que perder o ganar, nada que sufrir o gozar, en sus más amplios planes de beneficencia. No tendrán interés en ellos por su causa ; más bien se comprometerán en ellos porque la conveniencia lo

pide, o gana crédito, o tienen una excusa para estar ocupados. De aquí también discernimos cómo es que la virtud privada es el único fundamento seguro de la virtud pública, y que ningún bien nacional debe esperarse (aunque aquí y allá pueda resultar), de los hombres que no tienen el temor de Dios delante de sus ojos.

He considerado hasta aquí el cultivo de los afectos domésticos como *fuentes* del más extendido amor cristiano. Si el tiempo lo permite, debería ahora continuar para mostrar, además, que implican un ejercicio real y difícil del último. Nada es tan probable de engendrar hábitos de egoísmo, que es el opuesto directo y la negación de la caridad, como la *independencia* en nuestras circunstancias mundanas. Los hombres que no tienen ataduras con ellas, que no les llama su diaria simpatía y ternura, que no tienen el consuelo de nadie para consultar, que pueden moverse como les place, y que dan rienda suelta al amor a la variedad y a la comicidad sin descanso tan comunes a las mentes de muchos de hombres, están situados muy desfavorablemente para obtener ese don celestial que es descrito en nuestra Liturgia como “el mismo vínculo de paz y de todas las virtudes”. Por otro lado, no puedo imaginar ningún estado de vida más favorable para la práctica del elevado principio cristiano, y del maduro y refinado espíritu cristiano (es decir, donde las partes buscan realmente hacer sus deberes), que aquel de personas que difieren en gustos y carácter general, y están obligadas por las circunstancias a vivir juntas, y que acomodan mutuamente sus respectivos deseos y pretensiones. Y este es uno entre los muchos beneficios providenciales (para aquellos que los reciban) que brotan del santo estado del matrimonio, que no solo demanda los sentimientos más tiernos y bondadosos de nuestra naturaleza, sino que, donde las personas cumplen con su deber, debe ser de muchas maneras más o menos un estado de negación de sí.

Además, podría continuar considerando las caridades privadas que han sido mi tema, no solo como las fuentes y la disciplina del amor cristiano, sino más aún, como la *perfección* del mismo, y lo son en algunos casos. Los antiguos pensaron tanto acerca de la amistad, que la hicieron una *virtud*. Desde un punto de vista cristiano, no es tan así, pero es accidentalmente a menudo una *prueba* especial de nuestra virtud. Para considerar: digamos que este hombre y aquel, no vinculados por ningún lazo verdaderamente necesario, encuentran su placer más grande en vivir juntos; digamos que esto continúa por años y que cuanto más aman su mutua sociedad, tanto más tiempo la disfrutan. Ahora, observemos lo que esto implica. Los jóvenes, por cierto, se aman pronto unos a otros, pues son alegres e inocentes, ceden más fácilmente el uno al otro, y están llenos de esperanza; son tipos, como Cristo dice, de sus verdaderos conversos. Pero esta felicidad no dura; sus gustos cambian. Y los adultos, continúan por años como amigos, pero no viven juntos, y si algún accidente los lleva hacia alguna familiaridad por el momento, encuentran dificultoso refrenar sus temperamentos y mantenerse en buenos términos, y descubren que son mejores amigos a distancia. Pero ¿qué es lo que puede unir a dos amigos juntos en íntima relación durante el curso de años, sino la participación en algo que es Inmutable y esencialmente Bueno, y qué es esto sino la religión? Solo los gustos religiosos son inalterables. Los santos de Dios continúan en un camino, mientras que las modas del mundo cambian, y una fiel amistad indestructible puede así ser una prueba para las partes de que se aman mutuamente, teniendo el amor de Dios arraigado en los profundo de sus corazones. No una prueba infalible, ciertamente, pues pueden tener disposiciones notablemente iguales, o algún objetivo absorbente de este mundo, literario o de otra clase, pueden retraerse de la tentación de cambiar, o pueden tener una natural sobriedad de temperamento, que permanece

satisfecho dondequiera se encuentre. Sin embargo, bajo ciertas circunstancias, es una señal vívida de la presencia de la gracia divina en ellos, y es siempre una suerte de símbolo de la misma, pues hay algo a primera vista de naturaleza virtuosa en la misma idea de constancia, siendo el disgusto por el cambio no sólo la característica de una mente virtuosa, sino en cierto sentido una virtud en sí misma.

Os he sugerido ahora un tema para pensar en la festividad de hoy, y seguramente un tema muy práctico cuando consideramos qué gran porción de nuestras obligaciones residen en el hogar. Si Dios nos llamara a predicar al mundo, seguramente deberíamos obedecer su llamado, pero al presente, hagamos lo que yace delante nuestro. Hijitos, amémonos los unos a los otros. Seamos mansos y bondadosos, pensemos antes de hablar, tratemos de mejorar nuestros talentos en la vida privada, hagamos el bien, no esperando retribución y evitando todo exhibicionismo delante de los hombres. Bien puedo exhortaros en este tiempo en el que últimamente hemos compartido el Santísimo Sacramento que nos une en el mutuo amor y nos da fuerza para practicarlo. No olvidemos la promesa que hicimos entonces ni la gracia que recibimos. No nos pertenecemos, hemos sido comprados con la sangre de Cristo, estamos consagrados para ser templos del Espíritu Santo, un privilegio inexpresable que es lo suficientemente pesado como para hundirnos por la vergüenza de nuestra indignidad, si mientras no nos fortaleciera por la ayuda que él mismo imparte para soportar su altísimo precio. ¡Que vivamos dignos de nuestro llamado y llevemos a cabo en nuestras propias personas las oraciones y declaraciones de la Iglesia por nosotros!